

Ciencia, política y discurso civil en la España de Alfonso XIII

THOMAS F. GLICK

1. CIENCIA Y CULTURA POLÍTICA

Este trabajo forma parte de una serie de estudios en los cuales intento explorar un concepto de Juan Marichal referente a la tonalidad científica de la generación política de la Segunda República¹. En el primero, intenté definir un grupo de médicos y abogados (todos futuros diputados en las Cortes Constituyentes de 1931) que intervinieron en el debate público sobre la llamada «reforma sexual» en los años veinte². En el segundo, evoqué en términos muy generales la ideología de los médicos diputados de las Primera y Segunda Repúblicas³. Según Marichal, el hecho de que tantas figuras políticas de la generación de la República fuesen científicos (puede citarse a Negrín, Giral, Marañón y los cuarenta y tantos diputados médicos y de otras ramas de las ciencias en las Cortes Constituyentes) obedece a un discurso político muy condicionado por el proyecto orteguiano de europeizar España haciendo ciencia.

Creo que es justo decir que tanto en la historiografía política como en la cultural de la España de Alfonso XIII la ciencia ha pasado, y sigue pasando casi desapercibida⁴. Menos unos burdos tópicos referentes a

¹ Vid. MARICHAL, Juan, «Ciencia y gobierno: La significación histórica de Juan Negrín», *Triunfo*, 22 de junio de 1974, núm. 612: «... la generación de 1914 fue quizá la primera generación española a la cual dio la ciencia su tonalidad intelectual.»

² «Psicoanálisis, reforma sexual y política en la España de entreguerras», *Estudios de Historia Social* 16-17 (1981), págs. 7-25.

³ «La idea nueva: Ciencia, política y republicanismo», en *La voluntad de humanismo: Homenaje a Juan Marichal* (Barcelona 1990) págs. 57-70.

⁴ Vid. como ejemplo, la ausencia de la ciencia en los capítulos dedicados a la cultura en los libros de TUÑÓN DE LARA, Manuel, por ej., *La España del siglo XIX (1808-1914)* (París 1961) y *La España de la Restauración: Política, economía, legislación y cultura* (I Coloquio de Segovia sobre Historia Contemporánea de España, dirigido por M. Tuñón de Lara) (Madrid 1985).

Cajal o bien a la Junta para la Ampliación de Estudios los intérpretes de la cultura de las primeras décadas del siglo xx han olvidado la ciencia. Puedo citar pocos libros en que la ciencia se trata al par de los otros aspectos de la cultura española⁵. Es llamativo que el único género de historiografía (la historia de la ciencia aparte) en el cual la ciencia ocupa uniformemente su lugar legítimo es la dedicada a los exiliados de la Guerra Civil⁶. Tanto el alto perfil de los científicos en sus países de adopción, donde actuaron como renovadores de la ciencia, como el tremendo hueco dejado en la España franquista por su exilio, explican el fenómeno. Esto contribuye a la noción, universalmente reconocida, de una generación perdida de científicos españoles. Me pregunto, si dichos individuos fuesen tan importantes, ¿por qué nadie se ha molestado en documentar su contribución a la vida política como una generación distintiva, antes de su destierro?⁷ La integración de la ciencia con la cultura política es un *leitmotiv* de la historiografía del xviii⁸. ¿No se puede decir igual del siglo pasado cuando Darwin y Spencer conmovieron las primeras generaciones políticas de la Restauración, o del mismo siglo xx? La elusión del tema constituye un bizarro oscurantismo por parte de las generaciones de historiadores políticos de la postguerra, tanto los franquistas como sus contradictores. Bien podemos imaginar por qué los historiadores oficialistas del régimen franquista se inclinaban a derrogar el papel de la ciencia en la vida política. Pero el mimetismo por la historia progresista de tal visión derelicta y retrógrada de la cultura es inexcusable.

⁵ Entre los pocos libros que tratan la ciencia, aunque no en primer plano, dentro de una visión integrada de la cultura, son CACHO VIU, Vicente, *La Institución Libre de Enseñanza* (Madrid 1962) y GÓMEZ MOLLEDA, María Dolores, *Los reformadores de la España contemporánea* (Madrid 1966). En «La crisis contemporánea (1875-1936)», vol. 5-1 de su *Historia crítica del pensamiento español* (Madrid 1988), de ABELLAN, José Luis, la ciencia sí que aparece en primer plano, pero de modo desarticulado e inconexo de la cultura política.

⁶ *Vid.* entre muchos CUELI, José, «Ciencias médicas y biológicas» y «Matemática, física y química», en *El exilio español en México, 1939-1982* (México 1982), págs. 495-528 y 531-543, y, para una perspectiva peninsular RETANA IZA, Nicolás, «Los científicos ausentes», el volumen colectivo, *La España ausente* (Madrid 1976), págs. 58-66.

⁷ Un interesante intento de perfilar los intelectuales de las Cortes Constituyentes, incluyendo a los médicos, es GÓMEZ MOLLEDA, D., «La inteligencia de izquierda en las constituyentes republicanas y su intento de transacción ideológica», *Studia Histórica* 1, núm. 4 (1983), págs. 7-29.

⁸ SARRAILH, Jean, fue quizás el primer autor que insistió en el papel de la ciencia en la cultura general y política del xviii español: *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII^e siècle* (Paris 1954), sobre todo la tercera parte, cap. I, «Vers un nouvel esprit scientifique» y II, «La diffusion des sciences nouvelles». *Vid.* desde un enfoque histórico-científico, pero con amplias referencias a la cultura general, el libro colectivo *Carlos III y la ciencia de la ilustración*, ed. dirigida por Manuel Selles, José Luis Peset y Antonio Lafuente (Madrid 1988).

2. ELITES DESUNIDAS Y EL PROBLEMA DEL DISCURSO CIVIL

El contexto teórico de mi intervención es la definición operativa de elites dada por los sociólogos americanos Field y Higley⁹. Para ellos, una elite (a lo menos al nivel más avanzado de su esquema evolutivo) no es una clase sino simplemente las personas que ocupan posiciones estratégicas en las burocracias. Yo prefiero un modelo que integra otros criterios, en particular, la educación y la estructura de las profesiones, pero no obstante, en su cara política, acepto el papel preeminente de la manipulación de burocracias por elites. Para dichos autores, las elites son unidas, desunidas, o bien parcialmente unidas. La unificación puede ser ideológica (e.g. los estados comunistas) o consensual (democracias), y el consenso, bajo tal óptica, se convierte en precondition para la política democrática. ¿Cómo se forma el consenso? Históricamente, se ha formado, primero, por oposición al dominio imperial (e.g. Países Bajos, contra el dominio español —explica la aparición precoz de la política democrática en Holanda— o bien Estados Unidos o Canadá), y segundo, cuando una elite desunida negocia un nuevo consenso (Inglaterra de finales del xvii, o México del siglo xx). O bien una elite desunida puede desarrollarse parcialmente llegando a constituir una elite imperfectamente unida. Dicha situación ocurre cuando un sector anti-igualitario demuestra que puede sobrevivir (y continuar sobreviviendo) mediante elecciones. Este tipo de arreglo puede generar instituciones políticas bastante estables. Las fuerzas igualitarias no pueden desalojar a los conservadores democráticamente o mediante una revolución; su resorte típico es la demostración (el Japón de la postguerra es un ejemplo claro). Tal disrupción puede ser seria (e.g. los Tupamaros, en el Uruguay), o bien los igualitarios pueden moderar su programa y convertirse en mayoría —España en los setenta sería un ejemplo¹⁰.

Ahora bien, «Donde los conflictos de interés no son reconciliables racionalmente, la política es la alternativa a la guerra»¹¹. O, yo diría, una forma subliminal de guerra. Bajo tales condiciones, en una sociedad con elite desunida, o imperfectamente unida, no hay ningún espacio para un discurso imparcial, un discurso civil. Todas las facciones se ideologizan y las ideas se apropian automáticamente para servir como armas en la guerra ideológica. En tal situación, ¿cómo se reciben las ideas nuevas? Una variable crucial sería un pacto o previo acuerdo entre todas las per-

⁹ LOWELL FIELD, G.-HIGLEY, John, *Elitism* (Londres 1980).

¹⁰ *Ibidem*, págs. 35-39.

¹¹ *Ibidem*, pág. 52.

sonas en una elite, al efecto de que están dispuestos a participar en una discusión abierta de ideas. Cuando la elite no está de acuerdo, entonces las ideas se diseminarán sólo parcialmente, en facciones distintas, y se utilizarán como armas en la guerra ideológica entre las facciones.

En lo que sigue, voy a describir cómo surgió a finales del siglo pasado un consenso referente a la discusión de ideas científicas, destacando un elemento no mencionado por Field y Higley, que es el motivo que subyace la emergencia de tales consensos (sección 3). Luego consideraré el discurso civil en el marco de la recepción de tres ideas específicas: el darwinismo bajo la ausencia de discurso civil, el psicoanálisis y la relatividad, utilizando las ideas como marcadores de los límites del discurso (sección 4). Señalaré luego la actuación del discurso civil en tres instituciones (sección 5). Terminaré (sección 6) con algunas observaciones sobre el control ideológico de las ideas en la época franquista y el significado de la aparición y fracaso del discurso civil en la España de la primera mitad del siglo xx, como índice de la unificación de elites, movimiento abortado por la Guerra Civil.

3. EL SURGIMIENTO DEL DISCURSO CIVIL

Me concentro en el consenso sobre la educación forjado entre políticos conservadores y liberales a principios del siglo ¹². Los dos primeros ministros de Instrucción Pública, Antonio García Alix (conservador, 1900-1901) y el Conde de Romanones (liberal, 1901-1902) acordaron que la política educativa del estado fuera políticamente neutral. García Alix fue de una mentalidad desusadamente abierta entre los seguidores de Cánovas, y consultó con especialistas provinientes de un amplio espectro político (como, por ejemplo, el zoológico institucionista Ignacio de Bolívar); y Romanones había atraído, desde hacía tiempo, la ira de la extrema derecha la cual le había tachado de «jacobino». Ellos introdujeron una serie de reformas modestas que mitigaron en algo los efectos asfixiantes del Plan Moyano, ampliando la participación en el consejo asesor del Ministerio para incluir a más universitarios y representantes de todas las tendencias políticas ¹³. Tal despolarización política de la educación uni-

¹² Para una discusión más amplia, *vid.* mi *Einstein in Spain: Relativity and the Recovery of Science* (Princeton 1988), Introducción, págs. 3-16.

¹³ Para un resumen de estos acontecimientos y su reflejo en la ciencia, *vid.* VALERA CANDEL, Manuel, «Regeneracionismos, enseñanza e investigación del siglo. Estudio introductorio», en *Cinquanta anys de ciència i tècnica a Catalunya*, ed. dirigida por Antoni Roca (Barcelona 1987), págs. 107-119.

versitaria se fundió con otras corrientes de acuñación reciente —como, por ejemplo, el sentimiento articulado por regeneracionistas y miembros de la Generación del 98 de que la derrota fue el resultado del atraso científico y tecnológico— para crear un clima que fue propicio al desarrollo de la ciencia y favorable a una discusión abierta de las ideas científicas, sin necesidad de apropiarlas reflexivamente para usos ideológicos. Desde aquel tiempo hasta la Guerra Civil el discurso civil prevaleció en la arena científica, creando un ambiente en el cual la modernización científica se hizo un objetivo general de la elite ¹⁴.

El preludeo al acuerdo entre García Alix y Romanones se remonta a una lucha entablada en las décadas 1870 y 1880 cuando se formaron una alianza política entre neo-católicos y republicanos para promover la libertad de la ciencia, o de la cátedra, contra las pretensiones centralizantes de ambos partidos hegemónicos. Específicamente, puesto que éstos convinieron en limitar los derechos de enseñanza de los órdenes religiosos, los parlamentarios católicos concretaron una alianza con los republicanos para defender el principio de que ningún grupo debe sufrir impedimentos civiles a causa de su ideología. El contexto histórico, pues, del discurso civil es importante, ya que explica la participación de un neo-católico como Joaquín Sánchez de Toca en instituciones de índole progresista, como la JAE, o, de otra mano, la alianza entre el biólogo republicano y librepensador Odón de Buen y Miguel Primo de Rivera. Tales fenómenos son inexplicables sin identificar su motivo, que fue la modernización del país.

4. EL DISCURSO CIVIL Y LA RECEPCIÓN DE IDEAS CIENTÍFICAS

4.1. *El darwinismo*

El darwinismo se recibió en España entre 1868, cuando la Revolución abrió las puertas a ideas nuevas, y aproximadamente 1890 cuando la polémica se dio por terminada. La polarización en su entorno fue casi completa. La izquierda entera se proclamó darwinista mientras todo católico tuvo que ser antidarwiniano. Como el problema se ha estudiado en múltiples libros y artículos ¹⁵, aquí quiero sólo discutir el dilema del centro,

¹⁴ El ambiente de discurso civil en las primeras dos décadas del siglo, que creó una efervescencia acusada en el mundo de las ideas, fue tan pronunciado que marcó una era distinta; *vid.* el recuerdo que mantuvo de ello el matemático Tomás Rodríguez Bachiller: GLICK, T. F., «In memoriam, Tomás Rodríguez Bachiller», *Dynamis* 2 (1982), págs. 403-409, en la pág. 409.

¹⁵ Sobre la recepción del darwinismo en España *vid.* entre muchos GLICK, Thomas F., *Darwin en España* (Barcelona 1982); NÚÑEZ RUIZ, Diego, *El darwinismo en España* (Madrid 1977); PÉREZ

en un intento de definir un acercamiento equilibrado a la cuestión que la polarización ideológica no pudo aceptar. En esta faceta de la polémica, como en las discusiones más abajo de la relatividad y el psicoanálisis, quiero identificar o delinear el espacio político del discurso civil en torno a estas ideas.

Consideramos dos núcleos de discusión sobre el evolucionismo que rechazaron los dogmas de sus respectivos aliados políticos u ideológicos. A la izquierda, los krausistas aceptaron la evolución a la misma vez que rechazaron la selección natural en nombre de la radical unidad de seres vivientes. Bien pronto, los naturalistas del grupo —Enrique Serrano Fatigati, Salvador Calderón, Augusto González de Linares— cedieron ante la oleada positivista, que se cuajó en 1875, coincidente con la segunda crisis universitaria, haciendo imposible su posición heterodoxa. Cuando Calderón y Linares volvieron de viajes de estudio en el extranjero se habían convertido ya en darwinistas ortodoxos, manteniendo en otras áreas el concepto krausista (el llamado krausopositivismo)¹⁶.

En cuanto al centro católico, se destacan la figura de Ceferino González, cardenal primado, y Juan González de Artinero, clérigos que figuraron en un grupo internacional de católicos filoevolucionistas-teilhardistas antes de Teilhard —que intentaron sintetizar la teología ortodoxa y el evolucionismo hasta que fueron silenciados en 1893 por la encíclica *Providentissimus Deus*¹⁷. Una postura semejante pero más evolucionista aún es ilustrada por la colaboración entre el geólogo catalán Jaime Almera y el paleontólogo José Joaquín Landerer, clérigo el primero, laico el segundo. En su libro *Cosmogonía y geología* (Barcelona 1878) Almera incluyó unos capítulos de tema paleontológico escritos por Landerer en un sentido favorable a la evolución que causó un escándalo en los círculos neo-católicos de Madrid. Según Sala Catalá, Almera representa una especie de «evolucionista práctico», un neo-Tomista quien, a pesar de no poder nunca admitir la versimilitud del darwinismo, había no obstante reorganizado su hábito de investigación en un sentido evolucionista¹⁸.

GONZÁLEZ, Fernando Tomás, *La introducción del darwinismo en la Extremadura decimonónica* (Cáceres 1987); SALA CATALÁ, José, *Ideología y ciencia biológica en España entre 1860 y 1881: La difusión de un paradigma* (Madrid 1987); y, para el ambiente político polarizado del XIX, CARO BAROJA, Julio, «El miedo al mono o la cuestión universitaria de 1875», *Historia* 16 1, núm. 3 (julio de 1976), págs. 59-67.

¹⁶ SALA CATALÁ, José, «Ciencia biológica y polémica de la ciencia en la España de la Restauración», en *Ciencia y sociedad en España*, ed. dirigida por J. M. Sánchez Ron (Madrid 1988), págs. 156-177, en la pág. 164 e *Ideología y ciencia biológica*, págs. 61, 63, 110.

¹⁷ Para detalles, *vid.* GLICK, *Darwin en España*, págs. 44-46.

¹⁸ SALA CATALÁ, *Ideología y ciencia biológica*, págs. 111-115.

La conclusión parece clara: ni en un lado ni en otro fue tolerada la heterodoxia. No había discurso civil con respecto al darwinismo.

4.2. La relatividad

La relatividad y el psicoanálisis se recibieron contemporáneamente, en la década de postguerra que empezó en 1918¹⁹. Igual que en el caso del darwinismo, la izquierda fue unánime en su apoyo a la teoría física, fortalecida por la admiración universal de parte de la comunidad progresista a Einstein, bien conocido por su oposición al gobierno imperial alemán y a todos los nacionalismos de derechas. Pero, lo que aquí llama la atención fue la acogida, igualmente masiva, de la derecha española²⁰. El apoyo de los ingenieros españoles a la nueva física y, en particular, la relatividad como concepto y la personalidad de Einstein como modelo de científico, fue destacado. No hay que decir que el perfil ideológico de los ingenieros en los años veinte fue tan conservador que se decía que entre ellos sólo había una figura de izquierdas, el radical Juan de Usabiaga²¹. La recepción de la relatividad se caracterizó por la presencia entre los seguidores españoles de Einstein de matemáticos católicos y de la derecha política —José M. Plans, Esteban Terradas y Enrique de Rafael (todos catalanes, jesuita el último). La enseñanza de la relatividad en el Instituto Católico de Artes e Industrias, de Madrid, puede tomarse como símbolo oportuno.

La popularidad tanto de la relatividad como de Einstein personalmente en sectores conservadores se ha de entender dentro de un marco de neutralismo ideológico adelantado por los nuevos apologistas católicos de la ciencia moderna. En su defensa de la relatividad, *Einstein y Santo Tomás*, el padre Luis Urbano, filósofo dominico y discípulo directo de Plans y de Blas Cabrera, pinta a los científicos como ideológicamente

¹⁹ Las secciones 4.2 y 4.3 se basan en mi intervención (inérita) en el congreso de la Society for Spanish and Portuguese Historical Studies, Madrid, junio de 1985, titulada «Ciencia y discurso civil en España, 1868-1960».

²⁰ Sobre la recepción de la relatividad, *vid.* mi libro *Einstein y los españoles* (Madrid 1986) y mi artículo, «La acogida de la relatividad en España: Cuatro niveles de recepción», en *Sobre los orígenes de la teoría de la relatividad*, ed. dirigida por R. Llosa y M. Selles (Madrid 1987), págs. 143-177.

²¹ Por lo tanto, Usabiaga fue el blanco para unos chistes dirigidos contra él por Emilio Herrera, *vid.* GLICK, T. F., «Emilio Herrera y la tecnología en España», en HERRERA, Emilio, *Memorias* (Madrid, Universidad Autónoma, 1988), págs. 161-208, en la pág. 180, nota 41. Efectivamente, de los veintiún ingenieros diputados a las Constituyentes, catorce pertenecían a los partidos de izquierdas; *vid.* los cuadros facilitados por GÓMEZ MOLLEDA, D., «La inteligencia de izquierdas en las Constituyentes republicanas y su intento por transacción ideológica», *Studia Histórica* 1, núm. 4 (1983), págs. 7-29, en las págs. 12-13.

neutrales, como si por definición fueran «obreros solitarios del taller de la ciencia que trabajan por vocación y sin prejuicios filosóficos» —observación tanto prescriptiva como descriptiva²². Otro comentarista, el escolapio Ataulfo Huertas, notó en 1923 que los españoles habían dado a Einstein «innumerables y valiosas adhesiones, partidas de todas partes, hacia la persona y méritos del sabio, a quien aquí, afortunadamente, no hemos hecho objeto de *filias* ni de *fobias* políticas, que si todo lo envenan, no pocas veces han profanado las serenas investigaciones, exclusivamente científicas, a que el profesor Einstein ha consagrado los desvelos de su poderoso genio»²³.

Para Huertas, tanto como para Urbano, no era menester definir una «verdadera» ciencia, como hicieron sus precursores una generación antes, ya que entendieron que la ciencia puede practicarse sin la necesidad de asociarla con una ideología particular. Habían aceptado, en otras palabras, uno de los axiomas principales del positivismo, el que presumió que la ciencia, por definición, había de ser libre de prejuicios sectarios. Ambos admiradores clericales de Einstein se asociaban con la derecha política y murieron asesinados en julio de 1936.

Las polémicas sobre la relatividad ponen en claro que la oposición de base puramente ideológica (e.g., que Einstein había negado todo valor absoluto, tanto moral como físico) fue confinada a un grupo de «ultras» clericales y sus epígonos laicos, todavía incapaces de desenmarañar la religión, la política y la ciencia y quienes siguieron oponiéndose a toda innovación científica que pareciera poner en duda el sistema tradicional de valores. Podemos apreciar la nueva línea o frontera entre los que aceptaron participar en el discurso civil y los que siguieron fieles al oscurantismo clerical más típico de finales del siglo XIX en publicaciones católicas o clericales. *Razón y Fe* (jesuita), por ejemplo, publicó un artículo de Enrique de Rafael favorable a la relatividad, otro del padre Pérez del Pulgar (director del ICAI) quien aceptó la mecánica de Einstein-Minkowski como la verdadera, al mismo tiempo que tuvo problemas de tipo filosóficos con el concepto del límite de velocidades, y otro todavía de Eustaquio Ugarte de Ercilla, habitual colaborador de esta revista, quien se mostró contrario a Einstein, como a Darwin y Freud, pero quien también criticó, por su intolerancia y falta de comprensión, a los antirelativistas exaltados²⁴.

²² URBANO, Luis, *Einstein y Santo Tomás: Estudio crítico de las teorías relativistas* (Madrid/Valencia 1926), págs. xxv-xxvi.

²³ HUERTAS, Ataulfo, «La relatividad de Einstein», *Revista Calasancia* 11 (1923), págs. 241-254 ss., en la pág. 241.

²⁴ RAFAEL, Enrique de, «La teoría de la relatividad», *Razón y Fe* 64 (1922), págs. 344-359; PÉREZ DEL PULGAR, Antonio, «El valor filosófico del relativismo: Einstein y Santo Tomás», *Ibidem*

La *Revista Calasancia* (de los escolapios) también ofreció a sus lectores tres posiciones distintas: Benjamín Navarro (químico y clérigo) fue abiertamente favorable a Einstein; el padre Huertas ambivalente hacia la relatividad (mientras criticó duramente a sus oponentes extremistas), pero laudatorio a Einstein; y José María Goicoechea, químico estrambótico y marginado, inventor de su propia cosmología, adverso a la nueva teoría²⁵. *El Debate*, diario católico, disponía de varios columnistas favorables a la relatividad y otros no favorables. Este diario publicó, por mediación de Plans, los mejores sumarios de las conferencias que Einstein dio en Madrid²⁶. La división entre los colaboradores de distintos órganos de la prensa religiosa define y ubica exactamente la frontera que separó a los que aceptaron participar en el discurso civil de los intransigentes, cada vez más marginados frente al clima favorable de discusión abierta. En particular, el comentario católico sobre la relatividad en los años veinte revela la distancia que llegó a separar a los apologistas católicos de la vieja escuela de la nueva generación de comentaristas clericales, mejor formados y orientados bajo condiciones de discurso civil vigentes desde alrededor de 1900. La frontera de intransigencia se había desplazado hacia la derecha.

La desintegración de la dictadura y advenimiento de la Segunda República frenaron el proceso de discurso civil y, sin influir directamente en la práctica de la ciencia, estimularon la repolarización política en su entorno. Tomando, otra vez, a Einstein y la relatividad como piedras de toque, podemos comentar el desafecto de Ricardo Royo-Villanova, admirador de Einstein en 1923, acerbo crítico en 1936. En el primer año, como decano de la Facultad de Ciencias de Zaragoza, quiso preservar para la posteridad las pizarras utilizadas por el físico cuando disertó en la Universidad. En el último año, Royo, hermano del reaccionario político nacionalista Antonio, afirmó que la relatividad fue «una creación intelectualista que carece de todo valor científico» y que, además, tendió, por su relativismo, «a destruir despiadadamente nuestra confianza en nosotros mismos»²⁷.

78 (1927), págs. 503-511; UGARTE DE ERCILLA, Eustaquio, «Exposición y refutación de la relatividad», *Ibidem* 73 (1925), págs. 426-428.

²⁵ NAVARRO, Benjamín, «De relatividad», *Revista Calasancia* 10 (1922), págs. 38-47; HUERTAS, Ataulfo, «La relatividad de Einstein», *Ibidem* 11 (1923), págs. 241-254, 290-309, 369-384; GOICOEHEA, José María, «Crítica de las teorías de Einstein», *Ibidem* 11 (1923), págs. 563-585.

²⁶ BENITO, Enrique de, «Notas de un oyente profano», *El Debate*, 9 de marzo de 1923; GRAÑA, Manuel, «Aspectos de la relatividad», *Ibidem*, 14 de marzo; IBEAS, Bruno, «El einsteinianismo y la venida de Einstein», *Ibidem*, 7 de marzo. Los resúmenes de las conferencias de Einstein se publicaron en *Ibidem*, 4, 6 y 8 de marzo de 1923.

²⁷ ROYO-VILLANOVA, Ricardo, «La crisis de la ciencia», *El Siglo Médico* 98 (1936), págs. 58-70, en las págs. 61-62.

Cabe notar que la relatividad, a pesar de su naturaleza abstracta y matemática, llevó consigo considerable bagaje social y simbólico y que, así considerada, su recepción bien puede analizarse por su contenido político.

4.3. *El psicoanálisis*

La psicología freudiana fue difundida en la misma época que venimos comentando con respecto a Einstein²⁸. En este caso se nota igualmente la retrocesión de la línea de intransigencia desde el centro-derecha hacia la extrema derecha bajo condiciones de discurso civil, ya que el psicólogo vienés contó entre sus seguidores españoles con numerosos intelectuales políticamente conservadores (por ejemplo, Wenceslao Fernández Flores). Bajo las condiciones de discurso civil reinantes antes de la Guerra Civil, aun en psiquiatría tan de derechas que lo fue Antonio Vallejo Nájera (quien en el futuro sería explícitamente antifreudiano) podría comentar públicamente y favorablemente la revolución terapéutica que Freud había estimulado²⁹. Cabe mencionar que el mismo Ortega y Gasset, quien fomentó la publicación en castellano de las *Obras completas* de Freud, se iba haciendo, a lo largo de la década de los veinte cada vez más contrario al psicoanálisis filosóficamente pero se negó a decirlo públicamente para no tener que asociarse con «gentes de mala catadura»³⁰. Una trayectoria paralela se observa en el caso de Marañón, figura del centro-derecha, freudiana o para-freudiana en su ideario médico en los años veinte, que llega en 1933 (en *Raíz y decoro de España*) a atacar a Freud en términos bastante toscos³¹.

Las condiciones de discurso civil vigentes en los años veinte crearon una atmósfera favorable a la acogida «selectiva» del psicoanálisis en España, mediante la cual, por ejemplo, muchos médicos conservadores pudieron aceptar la doctrina del inconsciente y la actuación de factores sexuales en la génesis del neurosis, sin aceptar las consecuencias sociales

²⁸ Sobre la recepción del psicoanálisis en España, *vid.* mis artículos «Psicoanálisis, reforma sexual y política en la España de entreguerras» (nota 2, *supra*); «The Naked Science: Psychoanalysis in Spain, 1914-1948», *Comparative Studies in Society and History* y «El impacto del psicoanálisis en la psiquiatría española de entreguerras», en *Ciencia y sociedad en España* (nota 16, *supra*), págs. 205-221.

²⁹ VALLEJO NÁJERA, Antonio, «Locuras curables y locuras incurables», *El Siglo Médico* 86 (1930), págs. 85-86.

³⁰ ORTEGA Y GASSET, José, «Vitalidad, alma, espíritu [1924]», en sus *Obras completas* II, pág. 453.

³¹ MARAÑÓN, Gregorio, «Libros a la hoguera» (1933), *Raíz y decoro de España* (Buenos Aires, Austral, 1952), págs. 111-116.

de la nueva psicología. La batalla a favor del divorcio en las Cortes Constituyentes de la República fue llevada dentro de un contexto del análisis freudiano de la estructura de la familia, por diputados abiertamente influidos por Freud —José Sánchis Banús, César Juarros, y Luis Jiménez Asúa— y fue un episodio clave que también nos señala las dimensiones del discurso civil. Es decir, el estatuto de divorcio de la Constitución de 1931 fue resultado en parte del estímulo prestado a la reforma sexual por la discusión de la psicología freudiana bajo condiciones de discurso civil.

5. EL DISCURSO CIVIL EN TRES INSTITUCIONES PLURIDEOLÓGICAS

En esta sección discutiré la institucionalización del discurso civil en tres instituciones típicas de la primera década del siglo, todas fundadas prácticamente al mismo tiempo, entre 1906-1908.

5.1. *La Junta para la Ampliación de Estudios*

La Junta fue creada por un Real Decreto de 11 de enero de 1907 aunque no entró en pleno funcionamiento hasta 1910. Según su decreto fundacional la Junta había de ser «colocada fuera de la gravitación de las pasiones políticas»³². Hacia aquel fin fue provista de una autonomía que le preservó de la intervención política directa, y su dirección cayó en manos de «un Directorio apolítico permanente» de veintidós vocales. La naturaleza plurideológica del directorio puede apreciarse utilizando como criterio las actitudes de diferentes vocales hacia el darwinismo. Entre los primeros vocales de la Junta figuraron cuatro evolucionistas destacados: Cajal, José Rodríguez Carracido, Amalio Gimeno y Luis Simarro. En años subsiguientes se añadieron Joaquín Sánchez de Toca, político neo-católico que había atacado la perspectiva social de los darwinistas, pero también Domingo Orueta, geólogo cuya biblioteca darwiniana y spenceriana fue famosa³³. La mezcla de darwinistas y anti-darwinistas quiere decir que ellos pusieron sus convicciones ideológicas en suspenso mientras llevaron la dirección de la JAE. Las decisiones de la Junta se tomaron siempre de modo colegial y por unanimidad. Explicando la actuación de la Junta al dictador Primo de Rivera en 1923, Ramón y Cajal, presidente de la

³² Citado por SÁNCHEZ RON, José Manuel, «La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas ochenta años después», en el libro del mismo título, 2 tomos (Madrid 1988), págs. 1-61, en la pág. 10.

³³ GLICK, *Einstein in Spain*, págs. 10-11.

Junta, afirmó que la Junta tuvo que funcionar «desligada de los intereses políticos de partido, por ser en interés de todos, y sustraída a los vaivenes políticos. Por eso se integró la Junta con personas de las ideas más divergentes y por eso se ha abstenido de cuanto puede significar división y lucha»³⁴. En la administración de becas, y pese a las críticas de reaccionarios clericales, la Junta nunca otorgó o negó una beca por motivos ideológicos. Y mantuvo su neutralidad aun cuando el dictador, en un notorio golpe de mano en 1927 reemplazó varios de los vocales con destacados conservadores católicos. No cambió nada, porque los nuevos vocales (por ejemplo, J. M. Plans o Juan de la Cierva, hijo) fueron personas que compartieron los valores europeizantes de la ciencia y la técnica modernas.

Don Vicente Cacho ha caracterizado la Junta como «una jaula de oro, en la que se confinaba la minoría liberal»³⁵. No obstante, siempre había fuertes voces conservadoras en la Junta, institución que veo más bien como una concesión hecha por la elite conservadora a la minoría liberal, mediante el discurso civil, en el interés de modernizar el país.

5.2. *La Asociación Española para el Progreso de las Ciencias*

La Asociación se estableció en enero de 1908 en el Salón de Actos del Ateneo de Madrid en un acto de constitución presidido por Segismundo Moret para favorecer, según sus Estatutos, «la comunicación intelectual entre el país y las clases asociadas»³⁶. Participaron en el acto casi todas las personas importantes de la Institución Libre y de la JAE³⁷. Esta organización quiso seguir el modelo de la British Association en constituirse en una sociedad general de científicos; pero de hecho, dada la escasez de científicos en España, entre sus más de trescientos socios figuraron una mayoría de personas pertenecientes a lo que yo denomino la «clase media científica», es decir, médicos, farmacéuticos, ingenieros, y personas más bien laicas y sin formación científica quienes buscaban promover un ambiente favorable a la práctica de la ciencia y la difusión de sus valores³⁸. Fue, de todos modos, un grupo auto-selec-

³⁴ Citado por SÁNCHEZ RON, *La Junta*, pág. 15.

³⁵ CACHO VIU, Vicente, «La Junta para Ampliación de Estudios: Entre la Institución Libre de Enseñanza y la generación de 1914», en SÁNCHEZ RON, *La Junta* (nota 31, *supra*), págs. 3-26, en la pág. 25.

³⁶ HORMIGÓN, Mariano, «El primer Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias», en *Cinquanta anys de ciència i tècnica a Catalunya* (nota 31, *supra*), págs. 121-133.

³⁷ *Ibidem*, pág. 33, nota 5.

³⁸ Sobre la clase media científica, *vid.* GLICK, *Einstein y los españoles*, págs. 146-150.

cionado de la elite que incluyó a personas de todas las corrientes políticas. En su primera asamblea, reunida en Zaragoza en 1908, pueden distinguirse ideologías totalmente opuestas. El mismo Moret, en su discurso presidencial, afirmó que el *Origen de las especies*, de Darwin, «ha venido a transformar la zoología entera». No obstante, la presencia católica fue destacada. El padre Vitoria quiso enmendar los Estatutos para prohibir cualquier trabajo ofensivo a la dogma católica, «y de los que pueden considerarse inmorales o subversivos». Moret, hábil parlamentario, supo desviar la petición y registrarla simplemente como «ruego digno de tenerse en cuenta y no como proposición de reforma del Reglamento»³⁹.

Al historiador de la Asociación, Mariano Hormigón, le extraña su exagerado eclecticismo ideológico: «¿Cómo pueden casar en una misma Asamblea y con análogas perspectivas católicos, masones, conservadores y liberales, esperantistas, tradicionalistas e incluso algún radical?»⁴⁰. En mi opinión la cosa no oculta ningún misterio: la Asociación fue, de hecho, una creación de, y para, el discurso civil, con la finalidad de modernizar el país⁴¹.

5.3. *El Instituto Nacional de Previsión*

Ahora paso a considerar una institución burocrática que no tuvo ninguna finalidad científica ni tecnológica. El INP se estableció en la misma época, el 27 de febrero de 1908. Aquí no me interesan sus actividades —la más importante fue la administración de seguros de vejez— sino su cara plurideológica y la ubicación ideológica de su personal. El modelo administrativo del INP fue semejante al de la JAE: su Consejo de Patronato actuó de manera colegial y la orientación doctrinal no había de entrar, según su Estatuto, en la selección de vocales⁴². Éstos actuaron mediante «una especie de consenso básico común» y varios de ellos se vanagloriaban del plurideologismo del Consejo, e.g. «se ha constituido el Instituto Nacional de Previsión de modo que... individualistas y socialistas, monárquicos y republicanos, conservadores y liberales convivimos muy a gusto» (Álvaro López Núñez, 1913). El Instituto, según su primer director José Maluquer, constituyó un «sector autónomo» integrado por todas las

³⁹ HORMIGÓN, *Primer congreso*, págs. 129-130.

⁴⁰ *Ibidem*, pág. 132.

⁴¹ Para mí, el símbolo de la actitud modernizante de la Asociación fueron las grandes exposiciones de instrumental científico que acompañaron sus asambleas.

⁴² MONTERO GARCÍA, Feliciano, *Orígenes y antecedentes de la previsión social* (Madrid 1988), págs. 265-266, 293.

fuerzas políticas, incluso las extremas de derecha e izquierda⁴³. Mercedes Samaniego, quien ha estudiado la elite dirigente del INP precisamente como un «equipo plurideológico», identifica tres corrientes ideológicas: la institucionista, el catolicismo social y el socialismo. Y, como el amigo Hormigón, destaca la curiosidad de tal conformación política, dada la extrema polarización política del día:

Lo que resulta indudablemente curioso es que un equipo como el del Instituto pudiera mantener esos niveles de entendimiento mutuo, de comprensión y flexibilidad en la actuación, dada la extracción sociopolítica e ideológica de cada grupo. Es bien conocida la realidad configuradora de la Segunda República y los serios problemas que se plantearon por efecto del imposible consenso entre fuerzas políticas artificialmente coaligadas en la mayoría de los casos⁴⁴.

Dos de los directores del INP, Maluquer y José Marvá y Mayer se calificaron durante sus vidas como personas apolíticas. No creo que en verdad lo fueran, sino que el tipo de política que practicaron, fuertemente condicionada por el discurso civil, no encuadró bien en las pautas políticas de aquella elite desunida, o muy parcialmente unida. El problema se ve en la incapacidad que tuvieron los contemporáneos de Maluquer en identificar su ideología: según el republicano Ángel Pulido fue demócrata liberal, según López Núñez (católico social) fue «hombre de derechas», mientras para Severino Aznar (católico social) fue primero liberal, luego católico social⁴⁵. Es decir, la ubicación de personas cuya actuación cayó afuera de las metas de la política convencional y sólo pudo entenderse como función del discurso civil no fue comprensible a sus coetáneos.

Ayuda a ubicar ideológicamente a la plantilla del INP notar que a lo menos trece de sus integrantes fueron socios de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias: Azcárate, el Vizconde de Eza, Moret, Rafael Salillas, Eduardo Dato, Adolfo González Posada, Pulido, Juan de la Cierva (padre), el Marqués de Urquijo, Marvá, José Álvarez Ude, Pedro Sangro y Ros de Alano, y Adolfo Álvarez Buylla⁴⁶. Varias personas asociadas con el INP fueron asimismo vocales de la JAE: Vicente Santamaría

⁴³ SAMANIEGO BONEU, Mercedes, *La unificación de los seguros sociales a debate: La Segunda República* (Madrid 1988), págs. 71, 72-73.

⁴⁴ *Ibidem*, pág. 72. La discusión del equipo plurideológico viene en el cap. II, que fue también publicado como opúsculo aparte: *La elite dirigente del Instituto Nacional de Previsión: Un equipo plurideológico durante la Segunda República* (Salamanca 1984).

⁴⁵ MONTERO GARCÍA, *Orígenes y antecedentes de la previsión social*, págs. 288-289.

⁴⁶ Manejo la lista de socios de la Asociación sólo para el año 1912; es seguro que más funcionarios del INP fueron también socios.

de Paredes, Álvarez Buylla, Marvá y el Vizconde de Eza. De hecho, ciertas de estas personalidades —como Eza, Álvarez Buylla, y Marvá— aparecen en una multiplicidad de instituciones de talante reformista⁴⁷. Tales individuos constituyeron núcleos cuya ideología fue muy marcada por el discurso civil y, dada la centralidad del discurso civil en la vida pública de la época, se beneficiaron de ello políticamente. Creo que sólo tal enfoque resolvería la perplejidad de los historiadores citados.

En mi parecer, la actuación de tales núcleos y su marcada participación en el discurso civil, ha de verse como índice de la unificación de elites, proceso abortado, desde luego, por la Guerra Civil.

6. EL DISCURSO CIVIL, VÍCTIMA DEL FRANQUISMO

La victoria de Franco trajo consigo un intento de retrasar el reloj hacia las largas épocas de la historia española cuando el escepticismo organizado, preconizado por Robert Merton como valor clave de la ciencia, fue vedado. Darwin fue otra vez proscrito. Odón de Buen, como cuenta en sus atinadas *Memorias*, fue preso en Mallorca en 1936 precisamente porque había dicho que el hombre descendía del mono⁴⁸. Freud fue no sólo proscrito, sino vilipendiado (en *Razón y Fe*, por ejemplo) como «israelita notorio» y el psicoanálisis, criticado por ser producto del pensamiento judío por los mandarines de la psiquiatría oficial como Vallejo Nájera y López Ibor (los dos habían sido mucho más abiertos a Freud antes de la guerra)⁴⁹.

La suerte de la relatividad fue algo distinta, ya que varios de sus protagonistas, incluso Terradas y De Rafael, sobrevivieron la guerra y siguieron cultivando las ciencias exactas bajo normas de la preguerra. Cuando esta generación salió de la escena se creó la situación característica de los años cincuenta cuando el poco terreno concedido al discurso civil en ciencia creó amplio espacio y un sinnúmero de plataformas para cualquier idea pseudocientífica, retrógrada, pasada de moda, errónea o absurda. Dicha situación pone en claro un aspecto general del efecto del

⁴⁷ La utilizad historiográfica de las nóminas de integrantes de organismos de tipo reformista o «transaccionista» ha sido notado por GÓMEZ MOLLEDA, *Inteligencia de izquierda*, pág. 20.

⁴⁸ Estoy preparando actualmente una edición de las *Memorias* de Odón de Buen.

⁴⁹ Freud, «israelita notorio y nada vergonzante»: MESEGUER, Pedro, «Balance de las principales aportaciones de Freud», *Razón y Fe* 120 (1940), pág. 225. Para las posturas de Vallejo Nájera y López Ibor antes de la guerra, GLICK, *Naked Science*, págs. 566-571 y, después de la guerra, CASTILLA DEL PINO, Carlos, «La psiquiatría española (1939-1975)», en el libro colectivo *La cultura bajo el franquismo* (Barcelona 1977), págs. 79-120/et.

discurso civil en ciencia. Cuando haya más amplitud de discurso, tanto los participantes en debates científicos (los científicos mismos), como los observadores de ellos (el público) sabrán mejor distinguir entre los elementos ideológicos y los científicos, más neutrales, que figuran en tales polémicas. En tal manera, se desarrolló en las primeras tres décadas del siglo una especie de consenso respecto al contenido y límites de la ciencia suscrito por la mayoría de los intelectuales, de todos los sectores de la elite, menos los más intransigentes de la derecha tradicional. Al polo opuesto se coloca la España de los cincuenta cuando, en la ausencia de discurso civil, era difícil juzgar los límites o el contenido de la ciencia, por el limitado acceso a información científica no sometida a los requisitos de la ideología oficial. Fue entonces cuando Julio Palacios no sólo pudo idear una contra-teoría de la relatividad (echando la culpa de su rechazo por la comunidad física europea a la «conspiración judeo-masónica»), sino que también logró ser creído por amplios sectores de la comunidad científica y público españoles, a quienes faltaban los medios, tanto cognoscitivos como sociales, para someter sus teorías a la imprescindible luz pública del discurso civil.

Finalmente, quiero proponer que los conceptos de la unificación de elites y el discurso civil nos ayudan a interpretar varios aspectos del contorno político de la cultura española en la época bajo consideración. Guillermo Gortázar se ha aprovechado del concepto para elucidar el significado de la red de relaciones económicas personales que tuvo Alfonso XIII que él entiende como un pacto entre sectores de la elite con el objetivo de modernizar la economía. Las redes, que abrazaron personas de diferentes ideologías, se desintegraban según la incidencia de polarización política que iba agudizándose con la llegada de la República⁵⁰. Añado, como observación final, que, pese al oscurantismo y conservadurismo del régimen, el discurso civil se mantuvo durante la dictadura porque Primo de Rivera quiso fomentarlo, creyéndose un modernizador progresista. Por lo tanto, dijo la verdad cuando aseguró a Augustus Trowbridge, en punto de retirar una subvención de la Fundación Rockefeller al Instituto Nacional de Física y Química, que quiso mantener la autonomía de la JAE⁵¹. Odón de Buen,

⁵⁰ CORTÁZAR, Guillermo, *Alfonso XIII, hombre de negocios* (Madrid 1986), págs. 214-220.

⁵¹ Vid. GLICK, Thomas F., «La Fundación Rockefeller en España: Augustus Trowbridge y las negociaciones para el Instituto Nacional de Física y Química, 1923-1927», en *La Junta para Ampliación de Estudios ochenta años después* (nota 31, *supra*), págs. 281-300, sobre todo en las págs. 296-297 (entrevista entre Trowbridge y Primo).

en sus *Memorias* describe la asociación que mantuvo con el dictador, amigo suyo desde su juventud, y su acuerdo mutuo sobre política científica, a pesar de sus hondas diferencias ideológicas.